

## Brian

FRANCISCO JOSÉ HERNÁNDEZ MATA

Mi animadversión por la figura de la Madre Teresa de Calcuta era de antología. Nunca tuvo, ni siquiera para mí mismo, una explicación inteligente. Ella me parecía muy fea, chiquitilla y le gustaba destacarse siempre ante las cámaras. Recuerdo cuando visitó Costa Rica. Por esas raras cosas de la vida, y que ahora no recuerdo con exactitud, me encontraba dentro de la Catedral de San José, donde un sinnúmero de viejas beatas corrían y gritaban como posesas. Una de esas tantas era Betty Quesada, quien sobresalía entre muchas por su buen vestir. Le pregunté cuál era la razón para ese alboroto:

-¡*Muchacho, es la Madre Teresa de Calcuta que va a entrar a la Catedral!*

-¡Tanto “despelote” por esa viejilla, montón de vagabundas, que podrían hacer algo mejor en sus casas!

Los ojos de Betty se abrieron desmesuradamente, como si hubiesen visto al mismo diablo. Se volvió sin decir nada y siguió empujando a unas doñas por allí. Después de eso, no me volvió a hablar nunca hasta la fecha.

Muchos años después, un día de tantos, me desperté de súbito. Mi cuarto olía bien y la temperatura era fría, muy fría, tal y como a mí me gusta. Me estiré tanto como pude; una de mis manos pegó en el alto y tallado retablo. ¡Ay, qué golpe me he dado! Al bajar las manos toqué el control remoto del televisor y sin pensarlo dos veces lo encendí. Apareció el presidente Clinton, quien sonreía con gran encanto y hablaba con ese discurso suyo, siempre especial. Recuerdo que dijo: “*Mejor dejemos que ella nos lo cuente...*” Se volvió, tomó de la mano a la Madre Teresa y la acercó al micrófono. ¿*Qué está haciendo la Terri en la Casa Blanca?* Pensé para mí. Iba a cambiar de canal, pero la curiosidad pudo más y me hizo dejarlo. Empezó la pequeña mujer a hablar y mi asombro aumentó. Su discurso, impromptu por supuesto, era toda una lección sobre la caridad humana, lleno de contenido teológico, de ese que no se aprende en los libros ni en la universidad y que está lleno de sabiduría; dentro de mí la vergüenza crecía como las cepas del yogurt. Jamás olvidaré dos frases: “*Cada vez que veo gente, no cuento ni uno, ni dos ni tres: siempre cuento, uno, uno, uno.*” A esto replicó: “*las naciones que no quieren a sus niños no son naciones felices, entonces si no los quieren, dénmelos a mí, que los recibo con amor*”. Muchas otras cosas dijo, pero no las tengo. Lo que sí recuerdo claramente es que las personas allí presentes se pusieron de pie y la vitoreaban como a una diva, como a una grande entre las grandes. Ella, humildemente, los miraba y esbozaba una leve sonrisa. Ella sí era ciertamente una grande, pero no de las de este mundo. Supe, por una epifanía joyceana,<sup>1</sup> que aquella pequeñita mujer era ciertamente una loquilla de Dios, de esas que al morir van directamente al cielo, y que si no existiera el cielo, habría que crear uno y bien grande para ponerla. Fue así

como el respeto y mi admiración por esa santa mujer comenzaron. Hoy guardo por ella una gran ternura y, como dicen los italianos, pienso que siempre fue “santa súbita”.

Una noche cercana a la Navidad, fui a una fiesta de fin de año en la Universidad. Allí entre exquisitas viandas, el vino destacaba por su color transparente y su olor a gloria. Me tomé unas copillas, pocas, pero suficientes para que me diera un sueño de película. Al final, vine a mi casa, me quité el saco y con corbata y todo me tiré en la cama y me dormí como un recién nacido. De pronto, me vi parado en la puerta conversando con un muchacho alto y rubio, quien me porfiaba que lo dejara, por trescientos colones, limpiar las yerbas que habían crecido en medio de las baldosas de la acera. A pesar de la hora, le dije que sí, aunque tampoco sé por qué. Lo que no atinaba a entender era si eso que vivía en ese momento era realidad o lo soñaba, pues en esos estadios de duermevela me cuesta mucho establecer la distinción. Lo que me preocupaba terriblemente era que me fuera a dar una pulmonía con el chiflón tan frío de la noche. Al rato, volvió el hombre a tocar y me pidió una bolsita plástica para echar el zacate cortado. Se la di con los trescientos pesos. *¡Cabrón este, venir a mi casa a sacarme de la cama a esta hora, me voy a enfermar por su culpa!*, pensé para mí. Me apresuré a ponerme las pijamas y me acosté de nuevo. Casi dormido fui escuchando el tac de los temporizadores que apagaban todas las luces de la casa y cómo todo se alejaba y se perdía en el silencio que reinaba en ese momento. Al día siguiente, por dicha, amanecí bien, sin enfermarme. *¡Buena vacuna son los vinitos!*, pensé con una gran sonrisa.

Pasaron los días y empezó el trajín de la Navidad con el encanto de esos días tan especiales. Yo, niño eterno, nunca he dejado de disfrutarlos como cuando tenía cinco años y salía de la mano de mi papá o de mi mamá a hacer compras al centro de San José. *¡O tempora, o mores!*<sup>2</sup> Sin embargo, ya nada es igual, todo cambia, por dicha, tal vez.

Tres días después sonó el timbre, abrí la puerta y allí estaba el majadero que me sacó de la cama.

*-¡Idiay, güevón, vos otra vez aquí! ¿Ahora qué es la carajada? ¡Mae, no se me enganche! Nada de venir todos los días a pedir plata. ¡No mae, cálmese!*

*-Vea, señor, es que pensé que talvez podría hacerle algún trabajo, lavarle el carro, o cualquier cosa en el jardín...*

*-Bueno, andá al garaje y me lavás los dos carros, el Meche y el BMW, pero eso sí, bien lavados.*

*-¿Dónde está el garaje, señor?*

*-Si no lo ves, estás jodido totalmente; allí, a la par de la casa.*

Entonces se rió y me dijo: *-¿Me está vacilando, señor? Usted no tiene garaje.*

*-Claro que no tengo garaje, pero sí tengo un BMW y un Mercedes, así de chiquitos, caben en la palma de mi mano. Macho, no hay nada que hacer hoy.*

*-Le puedo limpiar las canoas, barrerle la acera o recortarle las hojitas a los crotos...*

*-Macho, no hay nada hoy, tomá estos doscientos pesos. De por sí es para la "abuela".*

*-¿Cuál abuela?*

*-Pues la piedra, la roquita.*

*-¡Ja, ja, ja! Gracias, mi tata. Yo no fumo piedra, no tengo vicios, soy un experto en artes marciales y mis costumbres son muy sanas.*

*-Más te valga, condenao, pues la piedra es la antesala de la muerte.*

Se fue y la vida siguió igual por una semana, después de la cual volvió, pero no le abrí la puerta. Por la tarde, regresó y tampoco le abrí. Como a las ocho de la noche, me asomé antes de cerrar la puerta para meterme a leer en mi cama, hacía mucho frío y estaba cansado. Al abrir la puerta, allí estaba el muchacho, de pie como una estatua, en silencio como si esperase a que la puerta se le abriera, como la cueva de Aladino, no había tocado el timbre, siquiera. Me habló entonces:

*-Lo he buscado dos veces y no estaba, o no me quiso abrir, dijo.*

*-No estaba, es Navidad y hay que salir a hacer algunas comprillas, vos sabés, los compromisos familiares.*

*-¿Qué me compró a mí?*

*-Una pala y un pico para que breteés, güevón, vagabundo.*

*-Pura vida, el veinticuatro vengo por ellos. Regáleme una limosna.*

*-¿Cómo, así? ¿Un tipo tan grande y fuerte como vos, pidiendo limosna?*

*-Vea, señor, yo no robo, hago jardines, diversos trabajillos, recicló metales.*

*Si nada de eso resulta, entonces pido limosna, pero nunca le he quitado nada a nadie. . . Jamás quisiera ir a la cárcel, prefiero morirme antes de eso.*

*-Me parece bien, así te librás de una cogida colectiva en el tabo. ¡Horrible, en verdad!* Le acoté en tono sarcástico:

*-¿Qué es ese tubito que andás en el bolsillo de la camisa?*

Se puso rojo como un tomate, lo pensó un instante y me respondió: *-Esto es de un amigo que me lo encargó; él sí fuma piedra.*

*-Y vos tan bueno se lo llevás presto. ¡Qué espíritu de cooperación!*

Observé, entonces, su persona con sumo cuidado, era un hombre joven, al que le calculaba unos treinta años, debido a la suciedad y al deterioro que mostraba. Tenía como un metro ochenta y tantos; su piel era blanca, muy limpia, sin cicatrices ni imperfecciones, poco vello y un pelo abundante de un color oro viejo, que al sol del día daba matices rojizos. Su rostro, muy varonil, parecía haber sido esculpido en mármol. El hombre además de esbelto tenía un modo de desplazarse muy prestancioso. Sin embargo, era semejante a un pavo real; tenía, como el ave multicolor, los pies muy feos, cortos y abultados; sus manos, rotas y llenas de mugre, con las uñas muy mal cortadas, tampoco escapaban de este patrón. Parece que nada es perfecto en la vida. Por otra parte, creo que su cuerpo, con esa forma de caminar, bien podría estar en una pasarela (claro está, bien limpio y con zapatos), bien trajeado con ropa de Armani o Prada. ¡Cómo se desperdicia este carajo! De otro modo, podría estar en un aula universitaria o ejerciendo una profesión como médico, ingeniero, hombre de la farándula, ¡pero un piedrero! ¡Lástima de lástimas!

-¿Cómo te llamás, macho?

-Me llamo "Brayan".

-Pero ese no es tu nombre de verdad, además no se dice "Brayan", pronunciado así suena muy feo, es semejante a "Brayan a la mierda". Se dice "Braian". Repetí despacio, conmigo: "Braa\_ian" "Braa\_ian".

-"Braa\_ian, pero así suena muy feo", dijo.

-No creás, esa es la pronunciación correcta. Más feo suena como lo pronunciás vos, suena a inglés polo. ¿Cómo te llamás de verdad?

- Pablo Esteban.

-¿Y el apellido?

-Ese sí es muy feo.

-¿Tanto así, que no me lo querés decir?

-Si me regala una moneda, se lo digo.

-¡No jodás! ¿A mí qué putas me importa cuál es tu apellido?

-Bueno, es el mismo que el suyo.

-¿Cómo sabés cuál es el mío?

-Me imagino que es el mismo que está en esa placa de bronce, en la puerta, detrás de usted.

-Sí, es el mismo. De verdad es feo, muy largo y poco sonoro. En fin, es el único que tengo.

-¿Por qué te pusiste Brian?

-Suena más lindo y va más conmigo y mi figura.

-Sí, talvez...estés en lo cierto.

Sacó del bolsillo trasero su billetera; era negra de vaqueta con dos grandes broches, con un appliqué de cuero en forma de estrella, que según decía, "estaba muy lejos de parecerse a la Rosa de los vientos". Además, estaba toda sucia, consistente al fin con su dueño. Acomodó sus tubitos de fumar, como si fuera dentro de una elegante pitillera de oro; se veía, en un compartimiento, el borde de la cédula de identidad.

-Dejame ver tu cédula.

-Tómela.

Efectivamente, todo correspondía con la información que me había dado anteriormente. Su fecha de natalicio era el once de abril.

-¿Sos Aries? Mirá vos, con veintiséis años, si todavía sos un carajillo y andás en esa cochinateda de la piedra. ¡Muy lamentable!

-De esto me salgo cuando quiera...

-Eso no se lo cree ni un niño del kinder. Con la vida que llevás no creo que te guste andar en las calles haciendo el tonto y pasando tanta necesidad.

-Sí, talvez. A veces la vida le "repara" a uno cosas feas...

-Poneme atención: no se dice "repara", se dice "depara". Aunque bien te haría que te "reparara" todo lo que tenés descompuesto.

-Vea, yo no ando sólo, tengo conmigo una estampita de la Madre Teresa, para que me proteja y me cuide, me la dio una monjita, de esas que usan sari, me dijo que le rezara, que ella me ayudaría a salir de esto, que es muy milagrosa.

-¡Ajá! ¿Y qué, condenado, le has rezado alguna vez?, le pregunté.

*-Sí, a veces, lo único es que no sé como llamarla, si doña Teresa o Madre Teresa o Teresa, así pelado.*

*-Decile Madre Teresa, pues “doña Teresa” es la otra santa, la Madre Teresa de Ávila, española del siglo XVI. Si no entonces el mensaje, o el correo electrónico, le llega a la española.*

*-¿Usted cree?*

*-¡Hombre, claro que sí! Probá y verás que te resulta.*

Muy seguro de sí mismo se volvió y me dijo:

*-Yo sí sé una cosa, que si la Madre de Calcuta estuviera aquí, ya me habría puesto las manos encima, me quitaría esa hijueputa ansiedad que da la piedra y me daría de comer, entonces yo la ayudaría con sus enfermos y a andar, porque estaba muy viejita. A veces, le rezo un Padrenuestro.*

*-¿Que te harías monja de las Hermanas de Calcuta?*

*-Yo soy muy macho para hacerme monja, pero sí me puedo hacer Hermano de Calcuta y fundar una congregación con otros piedreros buenos a los que la Madre Teresa cure.*

*-¡Buena la haría la Madre Teresa con un ejército de frailes piedreros, estás delirando condenao! Además, me estás desviando la conversación. Ya has reconocido que sos piedrero.*

De súbito, se percató de que momentos antes me había dicho que no era piedrero, se hizo el loco y siguió narrando como si nada.

*-Un día fui donde las monjas de ella en Coronado, me dieron de comer, pero me dijeron que se ocupaban de los enfermos graves y yo era “piedrero”, que tenía que rezar y aprender a tener voluntad. Me trataron muy bien y son muy bonitas, todas con su sari. Parece que uno está en la India.*

*-Seguile rezando, que ella te oye y en algún momento te pondrá sus manos encima. Talvez te “repare” tu fumadera...*

*-¡Ajá...!, acotó él también. ¿Usted cree que me puede oír?*

*-¡Quién quita un quite...!*

De esa manera sucedían mis conversaciones frecuentes con Brian y se extendieron por tres años. Nuestros parlamentos eran semejantes a la visitas a un antiguo monasterio de clausura. Yo, el fraile, detrás de la reja y él, el penitente, al frente, en la acera. Fue de esa manera como me fue contando su vida, entre medias verdades y mentiras; todas sus experiencias, sus vicisitudes y dolores desfilaron ante mí. Siempre fue así, nunca entró a mi casa, nunca nos sentamos uno a la par del otro a conversar, ni nunca nos dimos la mano, cosa rara de verdad. Por mi parte, a veces le conseguía ropa con un ahijado mío, Alonso, quien también es alto, espigado, pero moreno y de ojos verde claro. Pablo Esteban no sólo era esbelto, sino muy alto y en este país no abunda gente de tanta estatura. Fue así como le di muchas veces comida, la que me pedía que se la calentara en una bolsa, de esas que tienen zipper y así se la iba a comer por allí en algún lugar; casi siempre la comida iba acompañada de algunas monedas. Conocí al muchacho, la mayoría del tiempo, sin piedra, simpático, con sus extrañas conversaciones, que harían morir de envidia al gran Cantinflas. Ocasiones hubo en que solo oía el ruido de su voz, porque el

discurso no tenía pies ni cabeza. Sin embargo, su verbo era muy particular, en especial cuando no estaba drogado. Una pequeña grabadora de periodista me ayudó, en ocasiones, a registrar sus conversaciones; claro, siempre hubo una remuneración económica justa, creo yo.<sup>3</sup> Hacía alarde de conocimiento y, a veces, todo disparatado, incurría en errores garrafales, sobre todo en lo que atañía a limpieza personal. Según él, no bañarse lo protegía de enfermedades, y muchas veces declinaba comer algo porque ya había almorzado.

*-Hay un restaurante en Barrio Escalante, ¿viera qué comida más rica tiran a la basura!*

*-¡Qué mae más sucio! Cualquier día te vas a envenenar. La comida descompuesta tiene toxinas que, a veces, son letales.*

*-¡Qué va, cuando quiera lo llevo para que pruebe, viera qué rico! Fetuccini, spaghetti, ravioli, pizza, ni qué le cuento.*

*-¡Chancho más grande!*

En lo personal, no tengo reparo en ver sangre, o cosas desagradables, como una cloaca rota y el agua desbordada, o una persona enferma con una fístula o llagas, pero el olor de la basura tiene el poder de hacerme vomitar ipso facto. Uno de tantos sábados salía yo del cajero automático, orondo y rumbo a la feria. Iba bien bañado, con rica y buena colonia, tirando de mi carrito nuevo, que tenía cuatro ruedas y le cabía todo lo que quisiera comprar y más. En la acera de enfrente estaba Brian, revolcando un basurero y, de pronto, abrió una vianda de esterofón y metió su fea y enorme mano dentro y se llevó el contenido a la boca. En segundos, sentí mi diafragma en la garganta misma y allí no pude contenerme y botar todo lo que tenía en el estómago. Una experiencia horrible. Tuve que devolverme a mi casa, cambiarme la ropa, las medias incluidas y lavarme la boca y enjuagarme como diez veces. Brian que había visto todo se reía y se reía.

*-¡Usted sería un mal piedrero! No se puede ser tan pulcro como usted.*

*-¡Jueputa, maricón, las que me hacés!* Y de nuevo, volví a vomitar en cantidad. Por supuesto, el viaje a la feria se canceló; tenía los ojos rojos que cambiaron a un color verde claro, como cuando estoy enfermo o tengo fiebre, del horrible esfuerzo de vomitar. Eso no se me olvidará nunca. Me imagino que es tal vez falta de caridad y, de haber sido yo un toque más macho, no me hubiese vomitado, pero al organismo, en estas cosas, a veces no se le puede controlar. Recuerdo que cuando estuve en el hospital, muchas veces presencié curaciones en gentes con hemorragias profusas, llagas o cáncer, olores horribles en verdad, pero nunca me produjeron esa sensación horrible de vómito.

Como resultaba tan amigo de la basura, de donde decía reciclaba metal y otros objetos, opté por darle “*los desechos sólidos*” de mi casa, tal y como los llamaba él, todos los martes y los viernes, junto con quinientos colones, que luego subí a seiscientos (la inflación afecta hasta el precio de la piedra). De ese modo, evitaba que los buzos de la basura me despedazaran la bolsa y me desparramaran todo el contenido en el casi limpio césped del frente de mi casa. Era cliente frecuente -como dicen en el banco- cada semana, así lloviera, temblara, hiciera calor o frío.

Así, con el paso del tiempo, Brian comenzó a contarme más de sí mismo. Yo era semejante al médico consejero, quien lo regañaba mucho y lo increpaba para que dejara esa vida. Es más, le ofrecí que si dejaba la piedra le pagaba los estudios en una academia para que terminara el bachillerato y le conseguía con algunos de mis hermanos, hombres importantes y de mucho dinero, un trabajo digno. Hizo, temporalmente, un esfuerzo, pero no funcionó. Se recortó el pelo, se afeitó, se puso ropa limpia y se tomó unas fotos de pasaporte para pegarlas en las solicitudes de trabajo. Llegó muy contento y me regaló una:

*-Tome, para que me recuerde siempre, limpio y con cara de universitario, como dice usted.*

Más adelante, ya solo y dentro de mi casa, tomé la foto y la vi bien con anteojos; en verdad, no parecía lo que era. Se trataba de una foto con color, de pasaporte y como estaba sentado al lado del monitor, allí la puse y se ha quedado en ese lugar hasta el día de hoy. Me contó que no era de San Isidro del General, como me lo dijo en un principio. Que era de San José, de Hatillo, y me contó lo que su madre y su padre hacían. Un día les robó un percolador, un DVD y unas joyillas a su madre y, entonces, cuan grande y esbelto era, lo pusieron de patitas en la calle. Allí comenzó su calvario, a dormir en lotes vacíos, a la par del cajero automático del BCR, de donde lo echaron muchas veces, pero al final se cansaron y como no hace daños a la propiedad ni roba, terminaron por dejarlo allí. Uno de tantos sábados pasé a sacar dinero y las personas de la fila se tapaban la nariz, pues sus pies olían a demonios. Entonces, me acerqué y le dije:

*-Macho, se te murieron los dos pies, no te has dado cuenta y todas esas buenas personas están que se vomitan del asco.*

*Bajó la cobijilla con que cubría su cara, se puso rojo, se incorporó, se puso los zapatos, se levantó y antes de irse, se volvió a todos y les dijo:*

*-Ustedes van a perdonar, pero la vida en la calle es tan dura que no hay oportunidad para bañarse. Dicho esto se fue, yo le di doscientos colones y me dijo:*

*-¡Gracias, mi tata! (Eso de “mi tata” es una expresión que detesto.)*

Una de las señoras de la fila me dijo: *-Señor, usted sí que es valiente, hablarle así a un chapulín. ¿No le da miedo que lo ataque? Suelen ser muy violentos y agresivos.*

En un alarde de bravuconería, sabiendo que bien podría ser al revés, le dije:

*-Claro que no, señora, él sabe que soy experto en artes marciales y si se pone malcriado, de un solo golpe lo puedo enviar a ver a Tatica Dios. Además, él, por lo general, no es malcriado, ¿no vio cómo se excusó por el olor de sus pies?*

*-Es cierto, lástima, tan guapo que es.*

Efectivamente, sí era buen tipo y la razón de esto era su cara clásica, tan bien faccionada. Todos estamos acostumbrados a ver a los piedreros y hamponcillos como seres muy feos, contrahechos y algunos, además de hediondos, con caras de esas de “quítese o lo borro del mapa”. Brian no era un elemento típico para ese inframundo. Lo interesante es que su belleza no era sólo física, era por

dentro, era un niño mal amado, al que la vida le robó su juventud, sus sueños de hombrecito sano, como hubiese dicho Francis Galton, allá en el siglo XIX, que su vida estaba llena de *violencia estructural*.<sup>4</sup> Me contó que él detestaba San Isidro del General, pues allí, a los ocho años, el esposo de una tía lo había violado, un día en que lo invitó a salir a montar a caballo. El hombre violó también a su propio hijo, ese mismo día. Se armó un soberano escándalo y la Guardia Rural lo aprehendió y paró, finalmente, en la cárcel. Recordaba que el dolor fue muchísimo y candente, tanto así, que casi le impedía estar de pie. No sé, pero en una espontánea referencia cruzada, pensé en Tío Conejo, a quien le pasó lo mismo. Carmen Lyra lo narra diciendo que “*a Tío Conejo le quemaron el culo*”. Ese abominable acto se repitió, una vez más, cuando tenía tan solo doce años: un panameño, amigo de su hermano, quien se hospedaba en la casa, le hizo el daño una madrugada. El dolor, de esta vez, también fue candente, pero menos que la vez anterior. Cuando se lo contó a su madre, a la hora del desayuno, ésta lo agarró a palos por mentiroso. Hubo otros momentos en que ella ordenaba una pizza por teléfono. Cuando llegaba el motorizado con el pedido, lo mandaban entonces a su cuarto, “porque la comida era para ella y sus otros hermanos”; además, el eterno “usted come mucho”. En la madrugada siguiente, Brian hambriento se levantó y a hurtadillas se comió lo que había sobrado. El despertar de esa mañana fue el palo de la escoba sobre sus espaldas, por haberse robado y comido los sobros de la pizza. Todas esas vivencias marcaron definitivamente su vida y devino en lo que es hoy. Su propia bondad, a veces, lo hacía hacer el tonto, o el inocente, no sé. Pensaba a esas alturas de la vida que si un señor andaba bien vestido y tenía un buen automóvil era no sólo limpio, sino bueno. El mundo del pecado y la perdición le había tocado el cuerpo, pero no había podido mancharle esa alma, que seguía, a pesar de todo, siendo extremadamente “naïve”, casi hasta llegar a niveles de imbecilidad. Digo esto porque lo llegué a conocer muy bien. Con un gran margen de error, todo se podía inferir de su discurso, a pesar de que era, la mayoría de las veces, como piedrero, muy manipulador. Además, tuve conocimiento de sus múltiples pecados, sobre todo los mortales: muchas veces no le di la absolución, pues no se la merecía. Se fue, no sólo sin plata y con su saco lleno de muchos, muchos pecados, sino con una buena regañada. Nunca le di un golpe, porque siempre estaba yo detrás del portón; ganas no me faltaron, pero en el fondo no tenía ningún derecho de hacerlo, sólo que me dolía ver a ese hombre así, autodestruyéndose poco a poco. Al tiempo, Brian comenzó a contarme otro tipo de cosas que hacía y que me había ocultado: prostituirse con hombres, pero siempre acotaba que lo hacía por la “necesidad de obtener dinero para comprar la piedra”. Yo, por mi parte, lo imprecaba casi cotidianamente y con gran vehemencia: *-¡Mirá, condenado de mierda, te vas a morir de una enfermedad, sida, hepatitis B, sífilis, herpes genital, etc., etc., etc.!* Con lujo de detalles le explicaba todo cuanto le podía pasar, pero no había forma de que entendiera. En los meses de las lluvias, a menudo llegaba todo empapado bajo los más terribles aguaceros. Otras veces, venía muriéndose de una gripe, me pedía una pastilla, se la daba y, al día siguiente, volvía bueno y sano y, lo

más terrible, sonriente en su miseria. ¡Bendito sea Dios! Me acordé de aquella expresión de Sábato que reza: “*El mundo nada puede contra un hombre que canta en la miseria*”.<sup>5</sup>

Una vez se desapareció Brian de mi casa; como por dos meses no se le vio por ningún lado: pensé que seguro lo habían aprehendido y estaba en la cárcel, o muerto, o tal vez fuera de San José.

Un día de tantos sonó el timbre de la puerta y cuando abrí, allí estaba. Se le veía gordo, muy gordo, limpio y con muy buena ropa, así como con un apósito grande en su cabeza.

-*¿Qué te pasó, condenao? ¿Dónde te habías metido? ¿Estabas en el tabo?*

-*¡Que va, mi tata! Unos maecillos me machetearon en “Las gradas” en Cristo Rey, estaban bien pijeados y me agarraron distraído. Me cortaron en el centro de la cabeza, los brazos, las piernas. No sé cómo no me morí de eso.*

-*¡Santísima! Te salvaste que no te tocaron la cara, se hubieran paseado en vos...*

-*Ahora estoy en la casa de mi madre, pero me dijo que en cuanto me cure un poco más que “jaleas”- porque como mucho...*

-*Bueno- muchacho, a ver si aprendés y te reformás ahora que estuviste en alitas de cucaracha.*

Le regalé unas monedas y se fue.

A los días volvió y, de nuevo, ya dentro del calvario de su droga que una vez más lo dominó. Anduvo, como era su costumbre, muy hediondo, lleno de tierra, con sus manos rotas, con mucha mugre y sus “patas apestosas”.

-*Vos no tenés cura, condenao...*

Su vida siguió igual y, con frecuencia, venía por dinero o los “desechos sólidos” y con sus eternos cuentos. Múltiples veces di vueltas por la noche en mi cama pensando en este carajo tonto y lo que podría hacerse con él para curarlo o alejarlo de ese vicio. No había manera, su papá, anteriormente, ya lo había internado en un centro y se escapó, no quería curarse. El papá lo trataba con mucha dureza y, una vez, me pidió el teléfono para llamarlo; se oía al otro lado de auricular que el hombre, con voz muy fuerte, le decía:

-*¿Para qué querés mil pesos? buscá trabajo, güevón, si no entonces buscate un cartoncito y te vas a dormir por allí.* Cuando me devolvió el teléfono sus ojos estaban llorosos, no dijo nada, simplemente se dio vuelta y se alejó. Un día de tantos, quería que yo le diera algo de dinero y, lamentablemente, yo no tenía menudo. Se lo dije y se ofreció a cambiarme el billete grande. Quise probarlo y se lo di. Como era ya tarde en la noche la mayoría de las pulperías y comercios de estos lares estaban cerrados. No volvía y yo daba por perdidos mis diez mil pesos, pero estaba dispuesto a perderlos y la amistad de él también. Como a la hora volvió con el billete y con el cuento de que nadie se lo había cambiado:

-*Pude comprar piedra, pero como no sabía cuánto me iba a dar, no me atreví a hacerlo.*

*Tome, aquí está la plata, ¿pensó que se los iba a robar? Acuértese de que yo no robo, prefiero pedir limosna.*

*-Parece que es cierto. Te regalo todo el billete.* Salió como si se hubiera ganado el “gordo” navideño. Era el principio del mes de diciembre.

Según contaba, su tragedia dio inicio con el consumo de marihuana, luego la mezcló con piedra y, finalmente, fue la piedra sola, aspirada en tubito de metal. *Eran las experiencias más extraordinarias que podía tener un hombre en la vida*, según narraba. Fumaba cigarrillos de los corrientes de una forma compulsiva, uno tras de otro. Su aliento apestaba con frecuencia a tabaco. Yo le decía que no fumara, pero era caso perdido. Contaba, a menudo, también algo de sus experiencias sexuales personales. Al principio de la adicción, bajo los efectos del crack que, según él, eran profundos, podía tener hasta cuatro orgasmos en una sola mañana. Se vanagloriaba de su potencia sexual. En mi caso personal, me di por vencido, nada podía hacer yo por este gran cabrón. Tan santulón como soy, atiné solamente a rezar por él todos los días y, por extraños y desconocidos sortilegios, como buen tico, lo puse en las manos de la Virgen de los Ángeles y de la Madre Teresa, de quien parecía ser tan amigo y yo, por mi parte, había empezado a sentir gran admiración por esa santa mujer. No sé si ellas dos me escucharían, pero era lo único que podía hacer. Muchas de las personas de mi familia lo conocieron allí frente a mi portón. Sin excepción, todos los que allí lo encontraban me advertían mil cosas, que me cuidara, que nunca lo fuera a pasar, etc., pero todas estaban de acuerdo en que era encantador, simpático y... tan guapo.

Un día de tantos, decidí buscar un repuesto para un desatornillador inalámbrico que tengo. Pensé que lo conseguiría donde lo compré, en una ferretería muy buena que está en el Barrio La California. La mañana estaba soleada y fresca a la vez, decidí caminar hasta allá, para hacer un poco de ejercicio. Como a una cuadra de mi lugar de destino, un hombre tirado en la acera obstruía el paso. Frente a él estaba una señora muy bonita, como de setenta años, que no podía pasar. Cuando me acerqué, vi que era Brian, o Pablo Esteban, y la señora se volvió hacia mí y me pidió que se lo corriera, pues la calle tenía un peralte muy alto y si se subía le daba miedo caerse y “matarse”: *-¡Ya no hay repuestos para viejas de la edad mía!, dijo sonriendo.*

Brian, acostado cuan largo era en la acera, obstruía el paso; su cara, de perfil, estaba sobre una jacket deteñida de color azul que Gabriel, un amiguillo mío de la tribu de Barbacoas de Puriscal, generosamente me la había traído para él, junto con unos pantalones y varias T-shirts, las cuales le fui dando una a una. Me incliné y le dije: *-Macho, correte, estás obstruyendo el paso. No hubo respuesta y al tocar su cuello, estaba terriblemente frío, aún cuando su pelo y su cara estaban rojas por el calor del sol.*

*-¡Mi señora, me temo que este joven está muerto! Hace mucho debe de estar aquí, pues ya tiene rigor mortis. Probablemente, ha muerto de un infarto masivo al miocardio por un exceso de drogas.*

*-¿Es usted médico, señor?*

*-¡Dios me libre de eso!, exclamé. -Eso es simple conocimiento público.*

La señora, instintivamente, se agarró de mi antebrazo, muy asustada y fría, se persignó y comenzó a rezar la Salve.

-*¡Rece conmigo, señor! Me conminó.*

-Lo estoy haciendo mentalmente, sólo que la Salve a mí me sabe mejor y me gusta más en latín, usted perdone, no es pedantería, es gusto e historia personal, solamente.

Dos policías de tránsito, en sus brillantes motos, pasaban en ese momento y, al ver al muchacho en el suelo y a nosotros rezando y persignándonos, se bajaron y se nos acercaron.

Sucede que algunos seres cuando mueren mejoran la expresión de sus rostros; tal vez porque al no haber angustias ni tensiones, sus facciones suelen suavizarse y adquieren un toque angelical. Ese es el caso de Pablo Esteban, cuya cara se veía llena de placidez y ahora se podría decir que era bella, resaltada por la tela de la jacket, la cual le hacía de portarretrato, era su marialuisa, para ponerlo en buenos términos. El joven siempre andaba con toda la cara llena de tierra, pero esta vez, no sólo tenía su abundante pelo limpio, sino que su cara también y su otrora abundante barba, bien afeitada. Tal vez si Allan Poe lo hubiese visto habría dicho algo sobre su perfil, semejante a lo que expresó sobre el rostro de Lady Ligeia; o García Lorca lo habría alabado como lo hizo con Toñito el Camborio, que “se murió de perfil y era viva moneda que nunca se volvería a repetir”. Pablo Esteban tenía agarrada muy fuertemente su sucia billetera de vaqueta negra, con el infortunado appliqué de la “rosa de los vientos” y, adentro, la estampita de la Madre Teresa. Quizás en un último intento, se asió a ella, a la Madre, a la monja buena de Calcuta, como si la invocara en busca de ayuda.

Yo seguía terriblemente conturbado y vino a mi mente aquella frase bellísima del Oficio de los Difuntos, el Tridentino<sup>6</sup>, el que encomienda a los agonizantes, aunque él ya estaba muerto. Me puse de cuclillas, posé mi mano sobre su pelo limpio y caliente por el sol y musité en voz alta, olvidando que tenía gente a mi alrededor:

-*“Liliata rutilantium te Confessorum turma circundet: jubilantium te Virginum chorus excipiat...”*<sup>7</sup>

La señora detrás de mí, al escuchar las palabras “confessorum” y “virginum” entendió mal y confundió todo, claro no era su culpa, sino la mía, por imprudente y pensar en voz alta. Habló entonces y dijo a los policías: -*¡El padre le está dando la absolución!*

Un golpe de ariete, fortísimo, me lanzó muchísimos años atrás, hasta San Esteban de Salamanca, cuando un fraile gitano, fray Eutimio (negro como el betún, feo como un diablo y hediondo como nadie), me hizo acompañarlo a darle los santos óleos a un moribundo, muy pobre, cuyo pestilente camastro estaba muy cerca del suelo. Yo estaba, en ese entonces, también de cuclillas.

-*¡Oye tú, americano, pásame el óleo santo!*

El viejo fraile, Eutimio, me miró inexpresivamente con su idiota cara de viejo tarado y, mientras seguía leyendo y rezando, pronunciaba entre sus dientes sucios, precisamente en ese momento, la parte tan bella que encomienda las almas de los moribundos: *Lilliata rutilantium*. . . Jamás olvidaré eso. Al incorporarme con los óleos, el grueso ruedo del tosco hábito de lana golpeó mis

pies limpios y desnudos dentro de unas alpargatas de esparto, que si bien eran feas y todas torcidas, me mantenían los pies frescos en ese ardiente verano. El mismo golpe del hábito en mis pies, me hizo volver a la realidad real. Muy extraño todo, duró tan solo un instante, pero por mi mente pasaron muchas cosas, muchos momentos, muchos olores y sensaciones, el calor ardiente del verano, lo frío del coro en invierno, el retablo de Churriguera, el claustro de los reyes católicos, las escalinatas hechas todas en piedra, el exterior del convento con su vieja campana, etc. De vuelta al momento presente, volvía a los mismos menesteres religiosos, sólo que sin ser ya fraile, sin hábito ni estar en San Esteban.

No sabía qué hacer, ni qué decir, si debía contarles la verdad o no, en fin no era asunto que les interesara y por eso con estudiada maldad, opté por hacerme el loco. Sonreí y volví a ver a la señora quien, en medio del susto del momento, sacó un rosario del bolsillo de su fina chaqueta y me pidió, allí mismo, que se lo bendijera.

*-¿Esta mujer está loca o qué le pasa?, pensé.*

El susto produce cosas muy raras en la gente. En mí, por ejemplo me hizo sentirme frío e indiferente por fuera, pero por dentro andaba muy mal, de verdad muy mal. Volví a ver el rostro bonito de quien probablemente de joven, fue una muy bella mujer. En el silencio de mi corazón, por un momento, pedí perdón al Señor por ser semejante impostor y con cara de cura tonto y pío, puse mis manos sobre las de ella y dije: *Bendigamos este objeto religioso que sirve para alabar a la Santísima Virgen, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.*

Uno de los policías, casco en mano, se dirigió hacia mí y muy tímida y respetuosamente me dijo lo siguiente *-¡Padre, bendígame a mí, para que Dios me proteja de tanto peligro que hay ahora en las calles con conductores ebrios que manejan como locos y los piedreros que lo atacan a uno!*

*-A mí también, Padre, dijo el otro, pero hágalo en latín, sabe más rico y se siente uno más santo.*

Sonreí levemente, más perturbado aún que antes, puse mis manos sobre las cabezas de ambos e implorando el perdón del Señor, una vez más, dije: *Benedictio Dei, Omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritu Sancto, descendat super vos, et maniat semper. Amen.*<sup>8</sup> Era mi bendición, la de los hijos de Santo Domingo, según el Rito de la Sagrada Orden, en vigencia en ese momento; también, la única que amo y que sé bien en latín. Pensé, por un instante, en lo que estaba haciendo y lo sería que era tal farsa; entonces para justificarme, hice más las palabras que pronunciara una vez Pío XII, cuando en una audiencia papal, un norteamericano no creyente se negaba a hincarse para que el papa le bendijera. Pío XII, entonces, se volvió al hombre, le puso la mano sobre su hombro y le dijo: *Hijo mío, la bendición de un viejo, jamás le ha hecho mal a nadie.*

Talvez si James Joyce me hubiese visto en esos menesteres clericales, se habría reído a carcajada limpia de mí, me habría apuntado con sus largos, sucios y flacos dedos, con la simpatía que lo caracterizó siempre, me hubiese

dicho, claro está, en inglés: *Tenés el germen de los dominicos, sólo que al revés, ¡Ja, ja, ja!*. Sentí que había hecho mal, pero a la vez, lo hice todo tan bien y con tanta soltura que me alegraba y me lamentaba a la vez de que no fuese de verdad. La facha de fraile viejo que tengo no me deja pasar disimulado, de eso no hay duda.

Nada tenía que hacer ya allí; es más, deseaba salir corriendo, pues Pablo Esteban era tan solo un cuerpo inerte. Los policías me dijeron que si me podían llamar luego a dar declaraciones.

*-Muchachos, no hay nada que declarar, cuando llegué aquí, el muchacho estaba en la acera y la señora estaba aquí sin poder pasar. Ella me pidió ayuda para que le dijera al muchacho que se corriera, pero, lamentablemente, ya estaba muerto. Ahora, sólo queda rezar por él. No sé quién es, ni cómo se llama, avisen a la Medicatura Forense para que un juez levante el cuerpo. Dios los bendiga y adiós.*

Me fui de allí, con un sentimiento de cobardía por haber negado a Brian y más espantado que alma que lleva el diablo. Si los allí presentes se daban cuenta de que no era un fraile, me vería en un jaleo de “puta madre”, como decíamos en San Esteban. A los policías, raramente perturbados por la muerte del joven, no se les ocurrió retenerme, ni pedirme la cédula para ventura mía. La señora me miraba con las miradas tontas que las viejas santulonas tienen para los curas, en especial este, quien además de viejo, rezaba en latín: “*Laus Deo*”.

No quise pensar más. Finalmente no fui a la ferretería, sino que caminé sin rumbo en dirección oeste, por la Avenida Segunda, mientras pensaba en este muchacho, tan lleno de vida, tan fuerte, cuya vida fue segada por un golpe certero de la piedra de crack. Sólo pensaba en Pablo Esteban, allí tirado en la acera, semejante a un lagarto al sol. No lo culpé en ese momento, como nunca lo hice, ni a nadie tampoco, bueno, talvez sí, a los que venden y producen ese cáncer de la sociedad que es la cocaína y la piedra de crack. Tengo muy claro que estas personas drogómanas, después de un tiempo, son ya enfermos, inocentes víctimas, quienes al igual que los tontos o enajenados mentales, no pecan. Tenía mis ojos irritados: soy hombre que nunca llora, pero mi alma sí estaba contrahecha. *¡Qué injusticia le hizo la vida a este pobre piedrero, le arrebató todo, absolutamente todo, hasta la existencia misma!* Sentía mucha impotencia y rabia mientras caminaba por la cuesta del Museo Nacional. De pronto, se me ocurrió pensar, inocentemente, si quizás la Madre Teresa o la Sma. Virgen de los Ángeles habría escuchado alguna vez mis plegarias, o los padrenuestros mentidos de Pablo Esteban. ¿Se había congregado Teresa de Calcuta, de manera semejante a los Confesores del rito de los agonizantes, justo alrededor de Brian cuando éste agonizaba? Su manota sucia, con las uñas mal cortadas, con los dedos negros por la piedra, estaba fuertemente asida a la billetera de cuero, con su appliqué de la “rosa de los vientos” y dentro con los tubitos y la estampita de Teresa de Calcuta; todas esas cosas ¿la habrían hecho venir? Entonces, sonó en mi cabeza la voz gruesa de la vieja, con su fuerte acento en inglés cuando decía:

*-Those nations that do not want their children are unhappy nations. They should give those children to me. I'll take them all ... Whenever I see people I do not count one, two or three people. I always count one, one, one.*<sup>9</sup>

Por un instante, mi espíritu se sintió mejor y en ese momento llegó a mis oídos el canto fresco de cuatro lenguas de hierro, en re y en sol, en una armonía única: las cuatro grandes campanas de la Iglesia de la Soledad tañían como pocas veces las había escuchado. Yo, siempre tan aficionado a los órganos tubulares y al canto de las campanas, me distraje por un instante de lo que me aquejaba. El viento soplaba de oeste a este y el canto venía limpio, fuerte y por ráfagas. Mi alma experimentó otra epifanía joyceana, fría como esa mañana, que me decía que sí, que a Pablo Esteban lo había esperado la Madre Teresa, a las mismas puertas del cielo: *He was a child that this unhappy nation did not want!*<sup>10</sup>

Seguí mi camino y cuando finalmente llegué al frente de La Soledad, me senté en un banco, justo al lado opuesto del atrio. Entonces, las viejas y hermosas campanas cantaron de nuevo, todas, las cuatro: Caridad y Avemaría en la torre norte, Fe y Esperanza en la torre sur, se volteaban con orientación diferente cada una, produciendo ese armonioso concierto de tonos, lo que las hacía verse no sólo lindas, sino oírse muy solemnes. Su voz reafirmaba lo que habían querido decir antes: **Sí, Pablo Esteban estaba ya con Dios.** Todo en derredor se quedó en silencio para que sonasen solas, sin que nada las perturbara. Raro, pero las puertas del templo estaban muy cerradas.

Volví a casa y casi por instinto, me senté a la computadora, con el fin de distraerme un poco y revisar el correo electrónico. Al volver la vista hacia la derecha, allí estaba, a un lado del monitor, la foto de pasaporte de Brian o Pablo Esteban, tan triste y serio como lo fue en la mayoría de sus años en la Tierra. Me percaté, entonces, de que sólo había rezado una Salve por su alma, nada más. Mis labios, en voz muy queda, musitaron un *"Miserere mei, Deus, secundum magnan misericordiam tuam..."*<sup>11</sup>

Por un momento, perdí la noción del tiempo y todo en derredor mío: estaba seguro de que este no sería el caso que canta Bécquer de *"¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!"* Pablo Esteban tenía a la Madre Teresa y quién sabe si a la Virgen de los Ángeles también, junto a sí y por toda la eternidad.

Pensando, pensando, en el frío silencio de la biblioteca de mi casa, vino a mi memoria la experiencia de aquel anciano español, Pepe, a quien su familia, al verlo tan aburrido en su habitación, un día de tantos decidió llevarlo de paseo a una playa solitaria, a orillas del Mediterráneo. Separado del resto de la familia, con el fin de meditar y escuchar un poco de su música clásica preferida -la cual llevaba en un cassette dentro de una grabadora- estaba sentado en una silla de madera junto al mar. Sólo se escuchaba el sonido del agua y del viento que, junto con la música de Bach y la música coral de Gabrieli, hacían un indescriptible y armonioso conjunto, mientras el agua tibia del mar lamía sus pies. Pepe exultaba de felicidad en medio de aquel paraíso; se puso lo más cómodo que le permitía su silla reclinable, tanto así que estiró sus piernas y extendió sus brazos lo más que pudo, llenó su amplio pecho de oxígeno y exclamó

con voz queda, pero clara: *¡Dios mío, gracias, pero qué bien se está cuando se está bien!* Dichas estas palabras, cerró sus ojos lentamente y no los abrió nunca más. Seguramente, Pablo Esteban, dondequiera que esté, dirá exactamente lo mismo *“¡Dios mío, gracias, pero qué bien se está, cuando se está bien!”*

Barrio Vasconia, sábado 2 de febrero del 2008  
(Aniversario del nacimiento de James Joyce, en Dublín, Irlanda, en 1882)

## APÉNDICE

Excerpta de la transcripción de una conversación con Brian.

Interlocutor:

*-¿Qué es la piedra para usted y cuáles son sus efectos sobre las neuronas?  
¿Cómo es que usted justifica el uso de la piedra de crack?*

Brian:

*-La piedra, el crack, en general lo que produce es un efecto neuroencefálico, es sólo una pequeña aturdimiento que, prácticamente con respecto a la estimulación de la persona, depende de su estado de ánimo o sea su estado psicológico. El crack lo que hace es resaltar esas emociones, depende de su carácter y sus vivencias en su trayecto de convivencia con la gente o con los familiares. Esto ha contrarrestado muchas de las inmediaciones, de las que generalmente la sociedad médica ha predicho del mismo producto, o del mismo psicotrópico o droga. Esto prácticamente resalta que el crack absorbe la médula ósea, degrada a la persona en su facialidad exterior, que también distorsiona o destruye las neuronas y bloquea totalmente los pasajes en los cuales la persona se desenvuelve, generalmente, o periódicamente, conforme a la sociedad. Esto se puede explicar muy variablemente según los estudios clínicos hechos. Pero los estudios clínicos se han hecho, la mayoría, en personas que ya han sufrido el deterioro del mismo, nunca se ha hecho un estudio con base en una persona totalmente normal fuera del consumo, o que nunca haya tenido problemas adictivos con la misma. El crack genera, prácticamente, un efecto contrarrestante en su mayoría de deficiencia emocional, no deficiencia física. El crack no contrarresta el funcionamiento neuronal ni físico.*

Interlocutor:

*-Entonces, ¿usted, lo recomienda?*

Brian:

*-Yo recomiendo que no sea consumido, pero el que lo consume que no se salga de la proporción, porque todo en proporción desbalanceada evoca ciertos efectos como, por ejemplo, las personas que practican una dieta, generalmente siempre se van de su exceso y dependen mucho del efecto de lo que en sus casos puede*

*observar. Una señora que quiere reducir de peso siempre se va a ver gorda, por más que baje y el cuerpo le notifique, o le haga ver los resultados de que está bajando de peso; siempre se va a ver gorda. Entonces, es algo psicológico que va a depender mucho más seguido de un tratamiento que proyectivamente le va a dar consecuencias en su cuerpo: anemia, leucemia aguda en la sangre, entre otras. El crack es recomendable, pero depende de su definición compuesta química: hay muchos cracks en este tipo; hay crack compuesto de bicarbonato como base, amoniaco y agua. Hay otros de insecticidas, amoniaco y bicarbonato. La cocaína es la base fundamental para el crack, porque la cocaína trae endorfinas y sidolfinas, son químicos que más bien despiertan una capacidad neuronal que el cuerpo, prácticamente, no reconoce. Contextualmente, se conoce médicamente que puede ser dañino para la persona, pero como he dicho anteriormente, si esto es excesivo puede provocar una distorsión psicológica en la persona, provocar ciertos derrames neurológicos que puedan contrarrestar una conducta personal en el individuo, como por ejemplo, si arraiga traumas de su juventud, en accidentes o regaños, o mala disciplina, o un comportamiento totalmente fuera de la base social en el cual se trata de generar un buen individuo hoy en día, va a distorsionar o realzar esa personalidad.*

Interlocutor:

*-Dígame una cosa, ¿en cuanto al uso del crack en su persona?*

Brian:

*-En el uso mío, prácticamente el crack ha reactivado una endomia. "Endomia" quiere decir parte no comprendida sobre mí, de carácter y conocimiento. Prácticamente, yo muy poco he leído y me he dado el lujo de conocer. Sin embargo, con base a pequeños informes que me he llevado en libros de metafísica cuántica, biología, anatomía, o sea alguno que otro volumen, porque le digo que no he leído mucho, porque tengo veintiséis años, no me la he pasado cuarenta o cincuenta años estudiando algún tema en sí para tener un fin específico, el cual pueda totalmente describir este aspecto. [...]*

---

Nota: lo anterior ha sido transcrito verbatim.

## Notas

<sup>1</sup> Una epifanía, según el mismo James Joyce, en *Esteban el héroe*, “es una manifestación súbita, ya sea en la vulgaridad del discurso o en un gesto, o en una fase memorable de la mente misma. Creía que el hombre de letras debía de registrar estas epifanías con sumo cuidado, ya que son, ellas mismas, los más delicados y evanescentes momentos”. Traducción libre sobre el texto de Joyce. El autor, en su obra, le da un matiz y un significado especiales y lo hace a partir del concepto tradicional de la epifanía de los Reyes Magos.

El término “epifanía” viene del griego επιφαινων, “iluminación desde arriba”, de επι: arriba y φαινων: iluminar. Es, de alguna manera, “percatarse de algo importantísimo, de una manera súbita e impredecible” y se usa en el discurso cuando uno se da cuenta, por misteriosos medios o extrañas químicas, de algo muy importante. F. Hernández.

<sup>2</sup> ¡Oh tiempos, oh costumbres! Famoso aforismo latino.

<sup>3</sup> Al final de esta narración hay un apéndice que recopila parte de un discurso de nuestro héroe.

<sup>4</sup> Francis Galton, en la parte finisecular del siglo XIX, decía que la “violencia estructural” consiste en agredir a una agrupación colectiva desde la misma estructura política o económica. Es violencia estructural, cuando el sistema causa hambre, miseria, enfermedad o incluso la muerte de la población. Son las resultantes de aquellos sistemas que no aportan las necesidades básicas a su población por la misma formación. Es el creer que se tiene poder sobre otro. Son por lo general las relaciones asimétricas, i.e. el padre o la madre sobre el hijo para ejercer control. La más común es la violencia física, manifestadas a través de golpes, que dejan marcas en el cuerpo. También hay otra violencia que es más hostil que las anteriores que es la violencia emocional plasmada a través de desvalorizaciones, amenazas, críticas que funcionan como mandato cultural en algunas familias o grupos sociales políticos y social.

<sup>5</sup> Palabras de Ernesto Sábato en “Resistencia”.

<sup>6</sup> *Rituale Romanum*, p. 128. (Versión impresa en 1944). Según las disposiciones de la Santa Sede.

<sup>7</sup> Más o menos: “Que el brillante concierto de los Confesores, blanco como los lirios se reúna a tu alrededor y el glorioso coro de las vírgenes te reciba”.

<sup>8</sup> La bendición de Dios todopoderoso y omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca para siempre. Amén.

<sup>9</sup> Es el mismo texto, pero en idioma inglés, de las palabras de la Madre Teresa en el Desayuno de la Casa Blanca.

<sup>10</sup> “Él era un niño que esta triste nación no quería.” Es una analogía sobre las palabras de la M. Teresa.

<sup>11</sup> “Apiádate de mí, oh Dios, según tu misericordia. . .” Traducción libre sobre el texto latino y las palabras iniciales del extraordinario Salmo L.